

Supermarine Spitfire MK

Morgan K. Hoover, capitán del Supermarine Spitfire MK y uno de los oficiales con más horas de vuelo de la Royal Air Force, jamás hubiera podido imaginar que durante aquel Verano de 1940, cuando sobrevolaba el espacio aéreo de Róterdam dispuesto a hacer frente a las avanzadillas alemanas que amenazaban la costa de Calais, su vida tomaría un rumbo inesperado. Su monoplace era uno de los aparatos más innovadores que podían encontrarse en la flota de la RAF. Su diseñador, Reginald Mitchell, se había asegurado de que el prototipo estuviera dotado de la mejor tecnología que podía encontrarse en el mercado de la aeronáutica: motor lineal de doce cilindros en válvula y refrigerado por líquido Rolls-Royce de última generación; más de 1030 CV de fuerza; ocho ametralladoras Browning de 7,7 mm; una velocidad máxima de 585 km/h a una altitud de 6.300 metros y una autonomía de casi mil kilómetros a una velocidad ascensional de 13,5 m/s. Sin embargo, con lo que jamás había contado Reginal Mitchell en las condiciones infalibles de su monoplace, era con la intervención del factor humano.

La mosca estaba posada justo en el frontal de la cabina, por encima de la consola de mandos. Hoover la observó con detenimiento durante dos minutos y cuarenta y cuatro segundos, y no tuvo que devanarse demasiado los sesos para concluir que la presencia de aquel minúsculo insecto era bastante sospechosa. Últimamente, en el Aeródromo Militar de Commonwealth, se habían oído rumores sobre la existencia de pequeños sistemas nanorobóticos alemanes capaces de transportar la bacteria llamada *mycobacterium leprae*, más conocida como lepra. Lo que jamás hubiera imaginado Morgan K. Hoover era que los pensamientos del pequeño parásito distaban un mundo de los suyos. La mosca, llamada Reggina Materazzi, era una de las pocas criaturas en este mundo afectadas con el síndrome italiano: *anche se sono migliore che il pane, nonannoying perché sono timorato*, o lo que es lo mismo: «aunque estoy más buena que el pan, no molesto porque soy demasiado tímida». Su familia había hecho todo lo posible por salvar a Reggina de aquella enfermedad, pero los médicos habían desistido al comprobar que la pequeña mosca sufría una enfermedad crónica.

Tampoco el destino pudo salvar a Reggina Materazzi de quedar convertida en una mancha viscosa sobre el cristal cuando el puño enguantado de Morgan K. Hoover se estampó contra ella. Sin embargo, lo que sí decidió el destino fue que los controles del infalible Supermarine Spitfire MK sufrieran un pequeño desajuste en el sistema de radar, y la aeronave se viera desplazada al interior de una borrasca tormentosa que en aquellos momentos azotaba toda la ciudad de Róterdam. Durante casi hora y media, Hoover tuvo que pilotar su monoplace bajo condiciones adversas, finalmente quedó atrapada en lo que los TecnoCientíficos del Siglo XXXV denominarían como «vórtice de corriente retroactiva difusa», siendo arrastrado en el tiempo al año 318 antes de Cristo, justo en los albores de la Era Helenística.

Hoover, completamente desorientado, aterrizó su aeronave en el desierto de Sara'al Bedda y caminó hasta la grandiosa Alejandría, donde pidió audiencia ante el Emperador Tolomeo I, sucesor de Alejandro Magno y gobernador de todo Egipto.

—Yo nada sé de aviones y viajes en el tiempo —argumentó Tolomeo I ante la insistencia de Hoover—. Si algo quieres sacar en claro, te recomiendo que busques la verdad en la vasta Biblioteca de Alejandría.

Hoover asintió con un gruñido y pasó los seis días siguientes encerrado entre los miles y miles de estantes que conformaban el mayor templo de sabiduría erigido por los

antiguos helenos. Pero por más legajos que leyera, las respuestas seguían siéndole esquivas, y la desesperación amenazaba con arrastrarle a la locura.

Por fin, una noche en la que el capitán Morgan se encontraba especialmente desmoralizado, acudió al templo una mujer ataviada con un amplio caftán blanco. Portaba un velo en el rostro, no obstante, aquella prenda no bastaba para ocultar las largas y puntiagudas orejas que surgían de su exuberante cabellera verde. Junto a ella caminaba uno de los intérpretes del templo.

—¡Oh, extranjero de lejanas tierras, os presento a Orodereth de la perdida Ishkandarun! Ella es la última de su especie y aquella que puede dar respuestas a todas las preguntas habidas y por haber.

Obviamente el capitán Hoover le preguntó a Orodereth sobre la posibilidad de volver a su tiempo, a lo que la adivina respondió:

—Lûznakorp te tsi. Tirat naflu uw reettut ah lad, eyaynma üül ta ravla salaf.

—Ahora en cristiano —replicó Hoover.

—La dama Orodereth ha dicho: Falas alvar at luü amnyaye, dal ha tutteer wu ulfan tarit. Ist et prokanzûl —tradujo el intérprete.

—Sigue sin estar en cristiano —insistió Hoover.

—Lo lamento, señor, la dama Orodereth solo sabe hablar su lengua natal: el élfico antiguo, anterior a los tiempos de Homero y Eurípedes. Por desgracia sufrió una extraña enfermedad conocida como «nudo de lengua», que provoca que todo lo que dice suene al revés. Yo mismo os lo traduciré: *Para regresar a vuestro tiempo, tendréis que encontrar a un dragón. Él os llevará de vuelta.*

Y así, el capitán Morgan K. Hoover, abandonó Alejandría con la firme convicción de aprender a pilotar un dragón; algo que, por otra parte, no sonaba demasiado complicado después de haber manejado un Supermarine Spitfire MK de doce cilindros en válvula.

Recorrió las tierras que se abren desde el Danubio al Indo, desde el Mar de Aral al Desierto del Sahara, recorriendo millas y millas del antiguo Imperio de Macedonia. Por fin, tras seis años de intensísima búsqueda, encontró entre las montañas de Alvhad-Huî a un dragón rojo que comía lembas de una talega de cuero. Cuando el pequeño humano compadeció ante él, el gigante continuó atiborrándose con tan extraño manjar, sin prestarle apenas atención.

—Gran dragón rojo, me humillo ante ti para que me ayudes a regresar a mi tiempo —murmuró postrándose ante el titán.

—Te equivocaz —respondió el dragón con la boca llena—. Ni zoy rojo ni zoy dragón. Zoy dragona y miz ezcamaz zon color rojo paziön.

De esa manera, Morgan K. Hoover aprendió que el rojo no era el mismo color que el rojo pasión, y que los dragones también se distinguían entre machos y hembras.

—Quisiera regresar a mi tiempo —suplicó el oficial británico—, y la única manera que existe es pilotando a un dragón.

—¡Puez lo ziento! —De la boca llena de la dragona saltaron millares y millares de migajas de lemba—. Yo no ze volar porque no tengo alaz. Lo único que ze ez echar hechizoz de amor.

Morgan K. Hoover lanzó una maldición al aire y continuó su búsqueda.

Cuatro años más tarde, cuando transitaba el delta del Nilo junto a un grupo de nómadas, cruzó sus pasos con un dragón de tres cabezas. Éste era mucho mayor que la dragona de escamas color rojo-pasión, y a diferencia de la otra, tenía dos alas con las que volar. Cuando Morgan K. Hoover se plantó ante él y le comunicó su demanda, una de las tres cabezas tomó la palabra:

—Podríamos llevarte, pero sobre mi grupa tan solo suben damas de inigualable belleza —indicó la primera cabeza con voz varonil.

—Podríamos llevarte, pero técnicamente un hombre de tu estatura y dotado de tu masa corporal no podrá resistir la fricción de las corrientes de aire —añadió la segunda cabeza con voz de marisabidillo.

—Podríamos llevarte, pero... —La tercera cabeza se quedó pensativa, acabaron subiéndosele los colores, y buscó refugio tras las otras dos. Era demasiado tímida.

—¡Pero llevo diez años buscando a un dragón alado! ¡Solo tú puedes llevarme de regreso a casa!

Las tres cabezas se reunieron en la intimidad y debatieron durante varias horas. Al fin, la cabeza científica tomó la palabra:

—Debes saber que Carlo Magno mató a todos mis hermanos cuando regresó a Alejandría, por lo que soy el último de los dragones alados que queda sobre la Tierra. —Aclarada esta cuestión, la cabeza científica se inclinó sobre el humano y habló con voz estruendosa—: Solo cumpliremos tus designios si respondes al siguiente acertijo: *Aunque en teoría siempre me escondo a vuestra espalda, también me mantengo a vuestro alrededor para responder todas vuestras preguntas. Pero en caso de que vos os dirijáis a mí demasiado a menudo o no dejéis de tenerme en cuenta, puedo llegar a amargar vuestra vida, o peor aún, entorpecer vuestras posibilidades. ¿Quién soy?*

El capitán Morgan K. Hoover, que era capaz de pilotar una aeronave Supermarine Spitfire MK, que había estudiado los viejos volúmenes de la Biblioteca de Alejandría, que había compadecido ante la sabia Orodereth de Ishkandarun y había recorrido cien veces el magno Imperio de Macedonia, se sintió perdido al escuchar aquella pregunta. Pasó diez días y diez noches cavilando sobre la cuestión que planteaba el dragón de tres cabezas, preguntando a los nómadas y camelleros que cruzaban el cauce del Nilo, pero ninguno de aquellos hombres supo darle la respuesta al enigma del dragón.

Con el amanecer del décimo primer día, Hoover se dio por vencido y regresó de nuevo junto al dragón. En su rostro se mostraba la desolación y, al mismo tiempo, la resignación de verse atrapado en aquél remoto pasado.

De pronto su rostro se iluminó y una sonrisa apareció en sus labios:

—¡El pasado! El pasado es aquél que siempre se esconde a nuestra espalda y a quién recurrimos para pedir consejo. El pasado es aquél que puede amargar nuestra vida o entorpecer nuestras posibilidades. ¡El pasado es la respuesta al enigma! ¡El pasado!

El dragón de tres cabezas lanzó una maldición, pero no pudo objetar nada, pues el pequeño humano había dado con la respuesta correcta.

Y así, el capitán Morgan K. Hoover, montado sobre el último dragón volador de tres cabezas, remontó un vórtice de corriente retroactiva y regresó junto a los suyos más envejecido desde que lo vieron por última vez, pues lo cierto era que había pasado diez años, dos meses y siete días exiliado en la lejana tierra de Alejandría.

Lo que todavía no han determinado los estudiosos de la Historia Helenística es como el Emperador Tolomeo I, sucesor del gran Alejandro Magno y gobernador de todo Egipto, sobrevoló los cielos ardientes del desierto a lomos de un curioso artefacto que por nombre llevaba las siglas de: Supermarine Spitfire MK.

FIN

No sé si se debo poner los temas como en Tierra de Leyendas, pero por si acaso:

- Una dragona de color rojo-pasión (debe ser rojo-pasión, nada de rojo o colorao) adicta a las lembas y capaz de hacer hechizos de amor

- Un dragón con tres cabezas, pero con personalidades completamente diferentes... Un galán, un tímido, y un "científico"

- Una adivina que conoce todas las respuestas a las incógnitas habidas y por haber... que las da en élfico... y al revés (séver la y...)

- Una mosca que esta en pleno apendizaje pa fastidiar a los demas seres vivos, pero que por ser algo tímida y una buenorra siente bastantes escrupulos a la hora de molestar a los demás y su familia eso no lo ve nada bien.

- Un piloto de cazas de la 2ª Guerra Mundial, extraviado en el tiempo y que quiere aprender a pilotar dragones.